

LA LLANURA DE LA MUERTE

Las densas nubes negras que resistieron la convulsiva noche, fueron coronadas por el resplandor solar que las elevó de nuevo.

El Iluminado continuó confiando su camino por el amable bosquecillo de senderos apacibles, rico en frutos dulces y aguas cristalinas.

En su tercer día las sombras de los árboles no lo protegieron más y su vista se perdió en el horizonte profundo de la inmensa llanura de cambiantes climas, tosca, traicionera y agresiva.

En la madrugada el fuerte y helado viento soplaba con ráfagas huracanadas. Ingirió su última ración de frutas y se enfrentó a paso firme a traspasar la indómita llanura.

No se sabe qué fuerza mental lo acompañaba porque presentía que allí no encontraría alimento... mas sí podía convertirse en alimento de alguna criatura hostil.

La situación para Buda era compleja: De traspasar con vida la llanura de la muerte —cosa prácticamente imposible para un hombre solitario—, después tendría que enfrentarse a las perfidias y falsedades de los sacerdotes brahmánicos los cuales, con sus supersticiones Y ritualismos complicados, alimentaban la mente fanática de la plebe.

Un hombre solo, sin dinero, debía vencer no solo un ambiente bravío que le impedía el paso, si no que debería enfrentarse al torrente de pasiones desencadenadas que arrastraba las masas humanas al pantano del vicio y la maldad. Esto aparte de las apostasías de los reyes de ese entonces.

Sin embargo recordó las palabras que le había dicho KOTY en un sueño cuando apenas cumplía ocho años:

—“Aunque el rayo se abata sobre ti y la rocosa montaña te niegue el paso, prosigue tu camino sin desviarte y alcanzarás la recompensa. Persevera en tu empeño y hallarás lo que buscas, combate con energía y serás el vencedor”.

Como era de esperarse, el frío congelante de la mañana minó sus fuerzas y cayó vencido. No pudo moverse. Transcurrieron unos minutos y el temblor que producían unas fuertes pisadas lo sacudieron.

También era de esperarse que Mara, el rey de la veleidosa suerte, la violencia y la superstición, aquel que casi siempre gana en este mundo, no sabía perder.

El hecho de haberse quedado en silencio y permitir que Buda continuara su marcha sería mientras enjambraba corruptos planes para no permitir, a toda costa, que el santo predicase lo que descubrió.

Repetimos que contra el alma del Buda el demonio no podía hacerle mella ya que había entrado en el Nirvana y su karma había terminado; quién sabe si a su débil cuerpo físico fuerzas imponderables podían infringirle algún mal.

En todo caso la realidad era que las pisadas de plomo de una bestia gigante se acercaron hasta donde estaba el débil cuerpo, casi inmóvil, del Perfecto Iluminado, ahora presa fácil para un felino.

Buda abrió sus ojos y una sombra le velaba la luz de la luminosa mañana. Una fiera negra lo olfateaba.

No sintió temor porque los fantasmas del miedo huyen acobardados de aquel que ha entrado en el Nirvana. Pero, en este caso, el gigantesco animal que lo acechaba era completamente real.

El perfecto se incorporó y ahí estaba, casi encima de él, la corpulenta bestia salvaje: su pelo tan oscuro como una noche sin estrellas y su porte como el del gran caballo Kantaka.

Se trataba del corcel indómito que una vez el príncipe Sidarta, en una reñida competencia, le había hablado y acariciado suavemente, y le había concedido la libertad.



Ante él se encontraba, como una mansa paloma, LA FIERA NEGRA, la cual estaba dispuesta a transportarlo por la inmensa llanura. Lo que para el cuerpo de Buda se había tornado imposible, para el gran caballo representaba un paseillo divertido.

La enorme bestia recordó las caricias que por vez primera un ser humano le había brindado con cariño. El resto de los hombres la habían tratado mal. Las bestias recuerdan y reconocen.

Y, así como de las más negras nubes cae agua fresca y fecundante, así grandes noblezas se esconden a veces dentro de una piel oscura. Buda acarició la crin del animal y le musitó al oído:

— ¡Sé que me llevarás! Le revelaré a los hombres la verdad... algo que para los demonios es un crimen.

Así ocurrió. El portador de la sabiduría más grande que existe aún temblaba de frío. El lomo caliente del negro corcel reanimó al caballero que portaba la fórmula perfecta para vencer el dolor.

Las nubes habían huido del gaseoso mar celeste y una inconmensurable esfera de plasma comenzó a rodar soberana por la inmensidad azul. En realidad había que seguir al Sol diametralmente para así dirigirse hacia Uruvilva.

Buda fue consciente de la velocidad en la libertad de la inmensa llanura montando en el gigantesco y vigoroso corcel, y recordó cuando cabalgaba en su real caballo Kantaka que había muerto de tristeza en esa misma llanura ante la ausencia prolongada de su amo.

La gozosa travesía continuaba. Súbitamente un león hambriento les salió al paso. Buda se aferró con fuerza al gigante corcel y éste se encabritó mostrándole sus cascos de plomo al melencólico atacante. El viejo y cobarde león se alejó en busca de otra presa más tierna y fácil.

Más adelante Buda pudo observar, con horror, como una pantera, que había sido atrapada por un enorme leño que rodó, era devorada viva por feroces hormigas. ¡Qué suplicio es el vivir! exclamó y luego pensó:

—La juventud es ardiente, llena de salud y belleza, pero después cae en las manos torturadoras del tiempo y desaparece. Porque así cuando sale el Sol en la alborada ríe toda la campiña, el ambiente es fresco y reluciente, y el canto del ruiseñor lo hermosea todo.

—Pero pronto corren vientos tempestuosos, la nube gris se desploma y los pétalos de las flores son abatidos por el vendaval rabioso. Así la nube negra de la ignorancia opaca el resplandor de la verdad y acaba con la vida. Es duro para todos estar aquí en este mundo de indescifrables contrastes:

—El calor que licua la cera es el mismo que seca la arcilla. El intenso frío en otras ocasiones me ha quemado la piel, el calor lo esta haciendo ahora de igual forma

Y Buda continuó analizando los extraños contrastes naturales que le inquietaban:

—La tempestad es la encargada de sembrar las semillas pero también mata las flores. Los áureos rayos del Sol en la madrugada abren el cáliz de la inocente flor y en la tarde, los mismos rayos, se tornan ardientes y la resecan. Buda concluyó:

—En todo hay peligro mientras se vive. La Naturaleza no da sino que presta; y quien presta, cuando quiere cobra.

En ese momento un giro brusco de la Fiera Negra anunció a Buda que se había desatado una tromba en la llanura.

La fuerza incontenible del tifón violento trituraba rocas y hacía volar por los aires animales y plantas los cuales quedaban pulverizados en el acto.

La monstruosa tromba dejó un camino de muerte y desolación. Afortunadamente duró poco y no alcanzó a tragarse a los viajeros quienes se libraron de tan violenta embestida.

Buda observó una vez más la inestabilidad de la vida. y fue consciente del encuentro inesperado que todos los seres pueden tener con la muerte.

EL ESPLENDIDO RIO NAIRANJANA

Mientras el astro de fuego bogaba por el mar de las nubes con sus velas encendidas, jinete y corcel llegaron al encuentro con las cristalinas aguas del Nairanjana que daban vida a la sedienta llanura.

Ambos saciaron la sed y cobraron fuerzas para desafiar el calor abrasador de la tarde. La Fiera Negra estaba gozosa pues había encontrado un compañero que le hablaba y acariciaba con cariño.

La Naturaleza bravía estaba esmaltada de brillantes colores y el aire enriquecido con agradables fragancias.



Las abejas repartían cartas de amor entre las flores, y algunos árboles distantes se enviaban razones con sus más veloces pájaros.

Más tarde el Sol, enrojecido y fatigado de su ardua labor, rodaba por el horizonte para descansar en su nocturno escondite.

Buda divisó a lo lejos el bosquecillo de Uruvilva donde seguramente se encontraban los cinco ascetas, y se dispuso a regresar por la misma senda por donde días antes había emprendido su viaje en busca de la iluminación.

A un lado del camino volvió a reconocer los restos del gran caballo Kantaka, el cual era tragado poco a poco por la exuberante vegetación escondiendo el tesoro de oro y joyas más valioso que el mundo había conocido.

Decidió entonces dar libertad a la Fiera Negra; sabía que por allí frecuentaban domadores de caballos. Su presentimiento cobró fuerza cuando un jinete, a veloz carrera, se aproximaba. Saltó rápidamente y, dándole una palmadilla en el lomo al fuerte animal, le dijo:

—Gracias te doy pero vete, huye, corre como sabes hacerlo que el peligro se acerca para ti. Pero esta vez el caballo no le obedeció.

En tanto que Buda hacía esfuerzos para que el animal huyese, el experto cazador de caballos se aproximaba más y más. Otro jinete se divisó detrás del primero y ambos se acercaron amenazantes, a veloz carrera, batiendo sus sogas contra los jadeantes animales.

El gigante negro sería domado y esclavizado hasta el final de sus fuerzas. Luego lo asesinarían para vender su carne. — ¡Qué fin tan inhumano el que le espera a las nobles bestias! —Se lamentó.

Pronto, al primer jinete que se aproximaba se le oyó gritar desesperadamente: — ¡Gran príncipe Sidarta, poderoso hijo de nuestro rey Sudodana, amo y señor nuestro, espera por favor!

Buda se sorprendió inmensamente... durante muchos años nadie lo había vuelto a llamar príncipe. El misterioso jinete se detuvo bruscamente, se tiró de su caballo, se tendió a los pies de Buda y éste reconoció de inmediato que se trataba de Baltika, quien con voz temblorosa le decía:

—Poderoso y santo príncipe: Tapusa y yo averiguamos todo sobre su “riqueza” en el pueblo donde vendimos la mercadería a un rico comerciante, el cual conocía la historia del único hijo del rey Sudodana, el príncipe que había renunciado al trono para encontrar la verdad.

—Sujata, la hija del mercader, nos aseguró que había visto a un mendigo llamado Sidarta que se alejó de ella en busca de la llanura bravía.

—Cuando se enteró que se trataba del verdadero príncipe cayó enferma y enmudeció; por poco se muere. Nosotros te hemos estado buscando durante días. Terminó jadeante su relato el domador de caballos.

En ese momento llegó Tapusa, se inclinó reverente y dijo:

— ¡Su Majestad, príncipe Sidarta! Sabemos que has encontrado la verdad; queremos que desde hoy guíes nuestros pasos, si es tu santa voluntad.

Mientras Tapusa conversaba con Buda, Baltika contemplaba la Fiera Negra. El aguijón de la curiosidad le picó precisamente donde más le rascaba. Y pensó profundamente consternado:

—Un caballo celeste, ¡estoy viendo un caballo celeste! —Se repetía lo mismo y continuaba haciendo supersticiosas conjeturas.

—Sin duda es el mismo Kantaka que ha regresado teñido de negro. ¡Puede volar! Pero lo tocaré para que me traiga buena suerte.

Cuando Baltika se acercó a la Fiera Negra, el instinto y agudo olfato del animal detectaron a un domador de caballos.

Tan pronto fue tocado por la tosca mano del interesado domador, dio un fuerte relincho haciendo rodar por el suelo a Baltika.

Luego, a una increíble velocidad, desapareció dejando tras de sí una nube de polvo que fue elevada por el viento.

Cuando Baltika se incorporó, miró hacia el cielo y creyó ver al caballo desaparecer en una nube blanca. Por primera vez en la vida hizo silencio; se paralizó momentáneamente. Y en su mente le quedó grabada para siempre, la imagen de un caballo celeste volando hacia el cielo.

Baltika estaba confundido; parte de su naturaleza había sido conquistada por el santo; mas, la otra parte, no quería desprenderse de sus sueños de riqueza.



Esta vez se tropezó con la ambición. Había tocado “un caballo celestial” y esto le traería muchas monedas de oro.

Cuando se incorporó fingió regresar para liberar a los caballos de las carretas que habían quedado atrás. Decidió no regresar a la llanura de la muerte donde no existía ni una moneda de oro.

Sin advertirlo, pasó muy cerca del sitio donde yacían los restos de Kantaka con el tesoro de joyas y oro más grande de ese entonces, y tomó un rumbo desconocido con la idea de volverse rico.

www.magnumastron.org